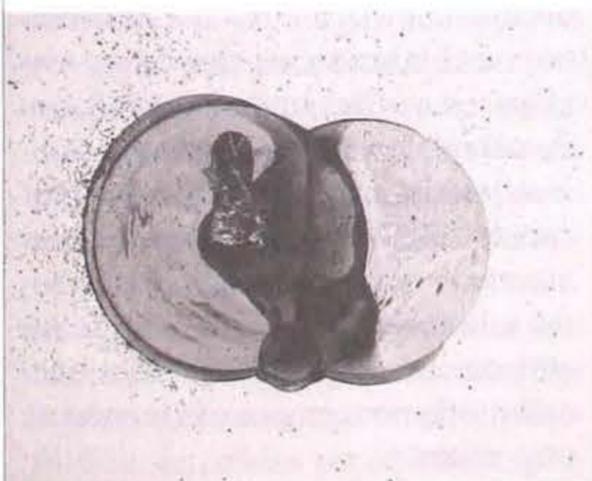


en un apartamento, la relación con su novia. Locales sí, pero con seguridad trascendentales. Son voces que se quedan pegadas en el lector, atmósferas recreadas sin aspaviento que creemos entrever desde los títulos que no parecen conducir a ningún lugar: *Ausencia*, *Igual a todos*, *El viejo*, *Carolina*.

Al intentar resumirlos se caería en un vacío sin sentido pues sonarían todos triviales, la angustia del despecho, el intento por ver más allá de los ojos del sicario, el encuentro del desencuentro, el terror de haber visto la muerte, en fin. En los relatos es ese sinsabor narrado con fuerza el que es maravilloso, como en la novela *Sin remedio* de Antonio Caballero, imposible de reseñar pero de necesaria lectura.

En *Toda el agua corría* un grupo de amigos se reúne todos los domingos a jugar fútbol, desde hace años. Llegan con tufo, con historias sobre los hombros pero dispuestos a meter goles, a deshidratarse:

En la defensa teníamos al Guigo, un corpulento central que jugaba fútbol para pegarle a otras personas sin necesidad de armar peleas. Siempre saltaba con los codos abiertos y entraba con los tacos en alto, y cuando había una pelota dividida tomaba todo el impulso posible para chocar sin miseria al delantero que corría detrás del balón. Eso me resultaba divertido desde el otro extremo de la cancha porque lo único que yo veía era un muñequito que volaba varios metros como impulsado por una turbina de propulsión para caer sobre la línea de cal sin ninguna resistencia [...] [pág. 19]



Detrás del agresivo defensa se agazapa la historia de su vida: la madre fue asesinada por pura carambola, cuando un sicario baleó a un político

y la bala lo atravesó, y su padre y único apoyo del joven se mata en un accidente aéreo en un vuelo comercial entre Quito y Cali. Pero la vida continúa, siguen los partidos, los golpes, las reuniones con alcohol y el Guigo se enamora de la flaca, una "trigueña delicada de pelo ensortijado que los fines de semana se pavoneaba en el borde de la piscina (...)" y los trae locos a todos. Pero sí, la vida sigue y la flaca lo abandona cuando él le propone matrimonio:

En segundos, sin que pudiéramos detenerlo, se paró sobre el borde del balcón, levantó las manos y con una voz desgarrada gritó gol, una y otra vez, y permaneció mucho tiempo sobre la cornisa del precipicio. Sin lanzarse. Sin perder el equilibrio. Con movimientos que respondían al vaivén del viento y que esperaban la velocidad del huracán para balancear el apartamento con nosotros adentro. [pág. 25]

*El Cholo* aparece un domingo, en una piscina, custodiando a su hermana, una trigueña de ojos verdes:

No necesitó ejecutar malabarismos con el balón, con dos cambios de frente de sesenta metros entendimos que su pierna izquierda era un cañón, un mortero necesario para perforar barreras de un metro noventa de altura. Llegaba puntual a los entrenamientos, nunca enguayabado a los partidos y siempre con guayos lustrosos. [*El Cholo*, pág. 67].

El relato se inicia con su desaparición y luego arma la faz del jugador, del amigo.

"Desapareció el Cholo" fue lo que supimos al otro día. Nada más. Ningún detalle, ningún rostro, ni una pista. Ni el más mínimo rastro de su paradero. La policía llegó a su casa a eso de las siete de la noche y habló con su mamá y su hermana. [pág. 65]

La búsqueda inicia ya con mal sabor, el lector se anticipa a la desazón. Sus técnicas de juego, la camaradería, la violencia en la cancha, los ideales y el final, la dura realidad, eso que nadie quiere ver, este país violento:

En medio de la humedad y del hedor a carne y sangre podridas, vi sobre la pared, como un telón de cine,

a la mamá del Cholo tejiendo lencería para bebé y vi a su hermana bronceándose al borde de la piscina y vi al Cholo corriendo por la izquierda y vi a Pipe llorando y a Titi tapándose los orificios nasales y me vi caminando con el Cholo por la sexta, un viernes por la tarde, y vi que entramos en una heladería y pagamos dos conos con chocolate y seguimos por varios minutos más o por varias cuerdas más, hasta que le dije que me aguardara mientras iba a hacer una llamada a un local de cabinas telefónicas y él me dijo que me esperaría en el andén viendo pasar gente [...] Ahora, lo habíamos encontrado y había que decirles a la familia y a los agentes, y vendrían las preguntas y los problemas y el llanto y el asco, y por un momento de aquella fétida tarde anhelé nunca haber encontrado al Cholo o nunca haberlo conocido. [págs. 69 y 70]

Sí. Son relatos con personajes desahuciados, una joven generación sin un futuro claro, relatos fangosos, adoloridos. Pero más allá de la simpleza o su contenido, más allá de ser el retrato de la llamada generación X o como le quieran poner a los jóvenes que viven en esta realidad sin fondo, estructuralmente no tienen mella, son contundentes, precisos, son voces que se quedan pegadas, son esquinas transitadas por el dolor. Son once relatos excelentes.

Jimena Montaña Cuéllar

## El silencio tiene acción

### *La bondad de las almas muertas*

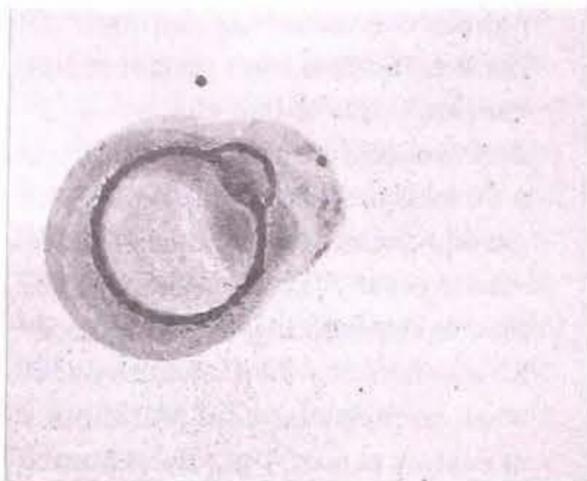
ELKIN RESTREPO

Panamericana Editorial.

Bogotá, 2009, 166 págs.

UN BUEN libro de cuentos es un universo muchísimo más vasto que una novela. En lugar de una trama con sus ramificaciones, hay diez o doce; en vez de un personaje protagónico, tenemos una veintena de seres que se nos muestran en circunstancias que los definen y determinan, y que podemos conocer en un cómodo número

de páginas. Hay descripciones, pero no muchas, y a veces en los intersticios de un diálogo se esconde la mayor de las tragedias. Cada final ilumina nuestra comprensión del corazón humano y puede llegar a sorprendernos con tal contundencia que corremos el riesgo de terminar noqueados.



Elkin Restrepo, fundador y director de revistas –hoy por hoy la de la Universidad de Antioquia y Odradek, el cuento, una de las pocas especializadas en el género–, ha reunido en *La bondad de las almas muertas*, catorce de sus cuentos, y es obvio que el criterio para hacerlo ha sido el de la calidad y el aquilatamiento, no en balde uno de ellos, *Las Tres Gracias*, fue el segundo que escribió, en una época en la cual ya era un poeta premiado y reconocido. Capaz de reflexionar sobre su oficio literario, en una conferencia pronunciada en 2007 afirmó: “Además de bien contado, en un cuento es importante que su asunto sea significativo, que se imponga al tiempo. Y esto sólo lo garantiza el ingenio, aquella facultad inventiva capaz de suspender un instante la realidad corriente y abrir en ella una puerta maravillosa”<sup>1</sup>, y tal facultad inventiva la ejerce a cabalidad: tras leer los primeros renglones de sus narraciones, uno quiere saber qué va a pasar con ese hombre joven que, en busca de un destino, se baja del bus en un pueblo perdido y es recibido como si siempre hubiera vivido allí, hasta lo espera una mujer, y además hermosa (*Ardid*), o por qué desapareció el solícito esposo de la clarividente que vive en el apartamento del frente, y por qué sus exitosas artes adivinato-

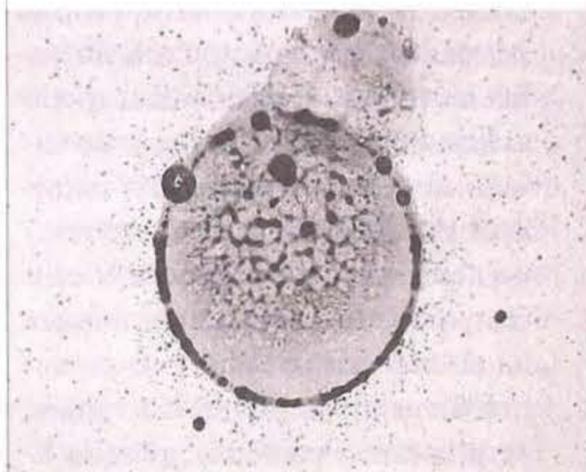
1. “Lo que el espíritu trae de sus viajes”, en *Todos los cuentos el cuento. La breve invención del mundo*, Medellín, Comfama, 2007, pág. 199.

rias no consiguen ubicarlo (*Vecinos*), o cómo participa un misterioso gato negro en la enclaustrada existencia de la viuda Brígida y su joven acompañante, Ilse (*El gato*), o cómo terminará el frustrado romance entre Jaime y Alia, la bellísima hija de un inmigrante sirio (*Una vida después*), o qué secreto va a revelar Débora a su marido en el aniversario de boda, mientras se refugian de un invierno feroz entre las paredes del Hotel Plaza neoyorquino (*Confesión*). Así como en este último hay, desde el título, una estrategia muy bien planteada que nos empuja hasta el final, en todos los cuentos se ve y se agradece el pulso firme de un escritor que conoce el género –señala a Poe y a Cortázar como sus maestros– y que, sin plegarse a influencias o fórmulas, no oculta de ninguna manera sus cuantiosas lecturas: en *Fragmentos de una épica*, la historia de los habitantes de un pueblo costero que se empeñan en reconstruir una barcaza que nunca navegará pero que crece y se apodera de sus vidas, es fácil percibir, por ejemplo, el espíritu de Franz Kafka y quizá, sólo quizá, un reflejo de *El astillero* de Juan Carlos Onetti.

Aunque el final de alguno de los cuentos tiene sabor a moraleja, consecuencia lógica de su desarrollo (“su vida no tenía otra oportunidad, porque en adelante las doradas llaves del matrimonio serían las mismas llaves de la cárcel, y que de allí no saldría jamás”, concluye *Ardid*), como en otro libro reciente –*Manual de superación personal y otros cuentos* (2011) de Pedro Badrán–, en *La bondad de las almas muertas* es muy importante lo que no se dice, esos silencios que siembran la inquietud intelectual y sensorial que convierte diez páginas en todo un mundo. Como también ocurre con la poesía, es la capacidad para eludir y sugerir, para convertirnos en cómplices a través de un lenguaje preciso, lo que hace que un cuentista se distinga de un simple contador de historias. Esos silencios profundamente creativos también se constituyen en una misión para el lector, en una invitación para imaginar el destino de los personajes después de que el punto final nos hizo cerrar el libro.

*La bondad de las almas muertas* no es un volumen sobre Medellín, pero varios de los cuentos se desarrollan

en la capital antioqueña y la importancia que para los personajes tiene el espacio físico no deja de señalarse. Así, uno de ellos dice: “Era como si dentro de la ciudad conocida hubiera otra aún más intrincada y caótica que la deformaba y envilecía mostrando su revés oscuro” (*Vecinos*), y otro, un hombre que sale a caminar al amanecer, opina desde sus casi cincuenta años: “A esta hora, cuando la oscuridad comienza a perderse, la ciudad es otra. Más íntima y sosegada, menos arbitraria, uno casi podría amarla. No puede entenderse cómo luego se transforma toda ella en una alabanza del fin de los siglos” (*Intentando el paraíso*). Un cierto color de la prosa también denota el origen del escritor –una característica preferible a la supuesta neutralidad que exigen los mercados internacionales–, sobre todo, en aquellos cuentos en los que la voz en primera persona refleja la viveza del lenguaje oral (*La segunda muerte de Miroslava*), o en los que determinados referentes urbanos devienen pertinentes, lejos de cualquier cliché o regionalismo.



Escritos y compilados con rigor, muchos de ellos realistas, en un sentido amplio, otros infiltrados por la fantasía o el absurdo, espejos de las manifestaciones del amor, las relaciones de pareja, la vida cotidiana y los deseos insatisfechos de los hombres, los cuentos de *La bondad de las almas muertas* son un placer para los lectores y la mejor prueba de una de las afirmaciones de su autor: “Una buena historia nos compone el mundo de otro modo”<sup>2</sup>.

**Octavio Escobar Giraldo**

2. *Ibíd.*, pág. 199.